

no se dieron á conocer muy ventajosamente sus obras, no se fijó en él la atención.

De mediana estatura, robusto, sin tocar ni de léjos á la obesidad, sus movimientos son listos y de hombre acostumbrado á las fatigas.

Rosado, cariredondo, de ojos negros y nariz proporcionada, un ligero bigote sombrea sus labios, y sus ojos, aunque no grandes, son expresivos y brillan con la luz intensa de la penetración y del talento.

En su trato familiar, lleva Bárcena la modestia hasta el punto de confundirse con el comun de las gentes; aunque siempre entregado á estudios gravísimos, no esquiva la sociedad, es alegre y consecuente con sus compañeros de colegio, y con todo el mundo finísimo y considerado.

Ama los viajes con delirio: nunca más feliz que cuando cabalgando en un caballo tísico, sin más equipo que una maleta y un criado á su lado con sus instrumentos científicos, se lanza en pos de raíces y pedruscos, penetra en las cavernas y escala las montañas.

Vuelve cargado de cada expedición, de objetos preciosos para las ciencias, y entónces le cercamos, nos charla, nos instruye, y los que tenemos el honor de tratarle, confirmamos la merecida opinión de que disfruta en el mundo científico, y nos envanecemos con la gloria pura y universal de ese guapo muchacho, honra de México.

Cada vez que en mis articulejos de chismografía tropiezo con algo científico que me deja á oscuras, ocurro á su celda, porque así pueden llamarse las piecitas que ocupa en el Museo, y allí, entre un fémur de mastodonte, esferas, pajarracos y pedruscos, está Bárcena como la mosca en la miel.

—Dígame vd., Mariano, qué hay sobre tal materia, porque si no, invento y sale una sarta de barbaridades que entuman.

Bárcena ríe, me hace con suma paciencia luminosas explicaciones, y salgo de su cuarto, echando chispas de entendido y hasta de sabio.

Cuando volví de la Exposición de Filadelfia, le asalté, y sin más ni más, le pedí sus apuntaciones. (Hablando así, tomé unos papeles de mi bolsa de viaje).

—Sr. Prieto, todas están en desórden; pedazos de papel por aquí, cálculos de lápiz por acullá.

Y solo íntegro lo relativo á su informe oficial, muy ordenado y pronto á presentarse. . . .

—¡Hombre de Dios! ¿por qué es vd. tan árido? Yo venia buscando lo que ha encontrado vd. adaptable á México. . . . vd. pensará, yo charlaré, y al último, vulgarizaremos los dos los conocimientos.

—No crea vd., me dijo mi sabio amigo, que he descuidado lo que vd. me dice, ni que me he olvidado de vd.; pero ya vd. ve que tengo muy poco tiempo disponible: en prueba de mi buena voluntad, vea vd. esta carpeta.

Ví la carpeta, y con mucha satisfacción mia, leí que decía: "Para platicar con el Sr. Prieto."

Sin esperar razones, me apoderé de la carpeta, que contenía una porción de apuntaciones escritas con pluma y con lápiz.

—Pero. . . . dije yo, ¿qué demonio de solfa tiene vd. aquí?

—Son apuntaciones muy privadas, indicaciones más bien, que me proponía desarrollar al hablar con vd.

—Veamos cualquiera de esos papelitos, que me están mirando como cosa mia . . . . Haber ese de líneas coloradas y azules, que parece arrancado de un libro de caja.

DEPARTAMENTO DE MAQUINARIA.

Ese, ese, exclamé con impaciencia; yo no conozco más departamentos de maquinaria que las oficinas públicas.

Bárcena leyendo:

“Amplio y vistoso edificio; tiene 1,402 piés de largo y 360 de ancho; costó 542,300 pesos. En el centro del edificio había una máquina de vapor con fuerza de 1,400 caballos. Esta comunicaba movimiento á las otras máquinas que poblaban el edificio.”

—¿Qué dice aquí?

—*Máquinas industriales*, leyó Bárcena.

—*Para hacer ladrillos*, leí yo.

“Las principales eran una francesa y otra rusa. Se ponía en ellas el lodo, tal como se encontraba en el campo, y por un simple movimiento de la máquina, salían ya cortados y perfectamente comprimidos los ladrillos.”

—Vd. ve: en México se hacen barrancas para extraer la tierra, se forma el lodo, se bate, se le mezcla estiércol, y no sé despues cuántas operaciones se hacen, que los ladrillos resultan malos y caros.

—Léame vd., Sr. Bárcena, ahí donde habla de la máquina para hacer cubiertas de cartas.

Mi amigo leyendo:

“Entraban en ella los pliegos de papel; un golpe cortaba, otro doblaba, y las cubiertas se acomodaban en una rueda

que las pasaba sobre un gran cepillo con goma, que untaba sus bordes. Esto sería utilísimo para oficinas y toda clase de establecimientos.”

—Y como creo que esas máquinas serán muy poco costosas, habría modo de que las adquiriese la gente pobre, y aun un recurso para las mujeres. . . .

—Esta otra no. Vea vd., siguió Bárcena:

—*Máquinas de cortar rocas*. Había varias: la de Emerson laminaba las rocas con gran facilidad; las losas salían pulidas.

—Y el Ayuntamiento, ¿tendrá noticia de esas máquinas?

—¡Oh! ¡oh! sería una falta de patriotismo no hacer contratas con nuestros paisanos.

—Eso que está ahí escrito interesa muchísimo á nuestro país.

—¿Qué cosa?

—Las bombas. Léame vd., Sr. D. Mariano.

—Las bombas, continuó mi complaciente amigo, se encontraban funcionando en un vasto estanque que se hallaba en el mismo edificio de la maquinaria: había algunas de gran poder, propias para minas. Se recomendaban entre otras las de Blake, Hardik, Kowles, etc.

Las automáticas de Sloushour, las movía un hombre muy fácilmente, dando impulso oscilatorio á una palanca: pueden servir para sacar agua de acequias y canales, para practicar riegos, etc., etc.

Todas las máquinas funcionando á la vez, producían bosques de chorros, laberintos de corrientes, capelos, abanicos, lluvias, polvo de plata y todo lo que la imaginación de vd. puede concebir.

—Precioso, preciosísimo es eso, le decía yo á mi amigo, y de muy fácil aplicacion.

—Por supuesto que no faltarian *amigos* del trabajo, que dijeran que quedaban con todo esto brazos ociosos.

—Para eso, atenerse á la uña para excavaciones, y á los buches para trasladar el agua de un punto á otro.

—Entre las máquinas agrícolas, esta para *hacer cercas*, va á llamar la atencion de vd. (leyendo):

“Habia una máquina muy curiosa; se ponian en ella algunos trozos de madera y salian divididos en láminas que tenian agujeros cilíndricos equidistantes; por otro lado salian tallos cilíndricos; con esos materiales se hacian cercas. Las láminas se clavan en el terreno y los tallos cilíndricos se pasan por los agujeros de aquellas.

“Entre las máquinas para cortar pastura, las habia que aprovechan tallo, mazorca y hojas.

“Entre las de segar me llamó la atencion la que practica la operacion, coloca tallos y espigas y forma atados ó haces con hilo ó con alambre. . . .”

La relacion que hacia á mis compañeros de mi entrevista con el Sr. Bárcena, reproduciendo el diálogo y leyendo las apuntaciones que me dijo, fué imperfectísima, olvidando mucho y quitándole el aplomo que en estas descripciones da á su dicho el hombre de la ciencia; pero tal como es, mató el fastidio de la espera, y apenas nos apercibimos de que continuábamos nuestra marcha.

Los compañeros todos, aunque guardando difíciles equilibrios, se quedaron dormidos; yo no podia dormir, y tenia necesidad de distraerme.

Don Estéban estaba en situacion análoga, y me decía:

—Es sensible que no haya vd. podido permanecer en Filadelfia; es interesante y mucho, por la grandiosidad de sus edificios y sus plazas, por sus recuerdos y por la diligencia con que se acogen los adelantos de las ciencias.

Entre otras cosas, habria vd. gozado mucho con la vista y conocimiento del Colegio Girard, magnífico establecimiento para asilo é instruccion de huérfanos, fabricado y dotado con dos millones de pesos.

Es gigantesco el edificio, todo de mármol blanco, deslumbrador de riqueza y hermosura. En cuanto á las particularidades de la vida de Girard, cuya memoria es tiernamente amada en Filadelfia, poco puedo decir á vd.

Entretenidos con las anteriores pláticas y lecturas, no advertimos siquiera cuando pasamos por Washington, capital de Delaware, en cuyo hermoso astillero se construyen afamados buques.

El conductor anunció que pasábamos por Baltimore, y despertó Juanito, que habia dormido, como en lo general duermen los tontos, es decir, perfectamente.

Don Juanito se habia quedado dormido precisamente leyendo las Guías de Baltimore y Washington, de suerte que pudo ostentar conmigo su erudicion, con aquella prosopopeya y aquel aplomo con que se proponia aturdir á sus admiradores, al regreso á la patria.

—Ahí tiene vd. una de las ciudades más importantes de los Estados-Unidos, á la orilla del rio Patapso, con una de sus entradas en la Bahía de Chesapeake, como quien dice, tocando con la mano el Atlántico, que está á ménos de cinco leguas.

Como si para esta gente no bastase con tantos elemen-

tos de grandeza, hay un arroyo que se llama *Jones Falls*, que corre apacible por el medio de la ciudad, la divide en dos partes y la hermosea y fecundiza.

El puerto es amplio, seguro como un baúl y tan defendible, que pudo resistir el terrible bombardeo de 1812.

—Muy bien, Juan, estoy contento de escucharte, le dijo D. Estéban.

—Como que pienso, continuó D. Juanito, imprimir mis Viajes en cuanto llegue á mi país.

—Entónces comenzarás refiriendo la fundacion.

—Diré que se eligió el sitio para la gran ciudad en 1722, que se le puso nombre en 1745, en honor de lord Baltimore, propietario de Maryland; por supuesto que le invento al tal lord, cuatro anécdotas que saquen lumbre; que yendo y viniendo días, el puerto comenzó á ser visitado, se empedraron las calles, se construyeron edificios y templos, y que la poblacion subió por saltos, de este modo:

1797—Poblacion . . . . .	26,000	almas.
1850— „ . . . . .	200,000	„
1860— „ . . . . .	212,000	„

y al presente muy cerca de trescientas mil almas.

Diré que dos magníficas líneas de vapores ponen en comunicacion al puerto con Europa; que multitud de embarcaciones llegan á sus aguas en demanda de lucrativos cambios, y que una red de ferrocarriles trae y lleva, que es una gloria, pasajeros y mercancías.

Después de toser, fumar un puro, contaré á mis lectores que en virtud de mis vastas relaciones y de mi amistad personal con Hayes, que es chico de buen humor y á quien

le gustan mucho las hermosas, me procuré datos de las exportaciones, que consisten en tabacos (informe del que me vende mis puros), algodón (mi costurera), petróleo (el atizador de los quinqués de cierto teatro), tocino, manteca, queso, mantequilla (cualquier cocinero me pone al corriente de lo que debo decir sobre todo eso). Diré, para concluir haciendo sensacion, en un capítulo, que en Baltimore se benefician los ricos minerales de cobre del Lago Superior, y producen anualmente 4.000 toneladas de metal refinado; que de ostiones, frutas y verduras, se venden 5.000.000 de pesos, y 500.000 de cueros curtidos que se remiten generalmente á la Nueva Inglaterra.

—Está muy bien, decía Estéban; pero con ese tonillo y esa tu manera, te expones á que tengan por dudoso lo cierto, porque esos datos son fehacientes, y las Guías, aunque relaciones que andan de mano en mano, tienen en general mucha exactitud, y los datos que contienen son tomados de documentos oficiales.

—Eso lo debe suponer el lector, decía Juanillo; pero si ensarto números y números, dimensiones y tablas de cuentas, ya verás mi Viaje con un solo lector . . . el de las pruebas.

—D. Juanito, hágame vd. el favor de seguir su Viaje, porque á mí me interesa, aun cuando solo sea de oídas, conocer á Baltimore.

—Seguiré, continuó Juanito, diciendo lo que recuerde de la Guía, porque este pícaro de Estéban acaba de cortar las alas al génio.

Como en todas las ciudades de la Union, hay magníficos hoteles y *restaurants*; si quiere vd. lo mejor entre los pri-

meros, pregunte por Carolton ó Barnim-Hotel, y en cuanto á los segundos, Pappes es sin duda el mejor atendido.

Once líneas de wagones trasportan á vd. donde le parece, momento por momento; y en cuanto á carretas, carros y carritos, ya vd. sabe lo que son estos tios de viciosos.

La calle que tiene por nombre "Baltimore," es la principal de los negocios, sin que dejen de tener importancia, Broadway, la plaza de Mont-Vernont y las que rodean los muelles.

Por más que hablen á vd. de los muchos y grandiosos edificios de Baltimore, los que se singularizan son el Cambio, que tiene una fachada soberbia de 240 piés, cuya fachada la decora una columnata de mármol de Italia, espléndida, el Banco y City Hall, que tuvo de costo más de dos millones de pesos.

El Templo Masónico, que se usa para conciertos y lecturas, tuvo de costo cuatrocientos mil pesos, y es elegantísimo edificio.

El Teatro de la Opera, el de la Academia de Música, son dignos de la hermosa ciudad, así como fuera de ella llama la atención el Circo de Jockey Club, destinado á las carreras de caballos.

Los sabios pueden entretenerse con las bibliotecas del Ateneo de Baltimore (15,000 volúmenes), la Mercantil (26,000), Biblioteca Baltimore (10,000), Instituto Peabody (56,000).

La Academia de Ciencias es con justicia celebrada, por sus riquísimas colecciones de historia natural.

Hay suntuosos templos, aunque, por lo que he visto, á todos los ofusca la Catedral Católica.

—Es realmente imponente y magnífica, dijo Estéban. Es de granito, de forma de cruz, cuyos brazos tienen cada uno 177 piés de extension, la altura es de 127 piés.

Las dos torres, de estilo sarraceno, tienen la apariencia de los minaretes de una mezquita; hay en la Catedral pinturas de sobresaliente mérito, donaciones de Luis XVI y Carlos X.

No desdice Baltimore de las otras ciudades de la Union, en el estado de su instruccion pública y sus establecimientos de beneficencia y caridad.

—Vea vd., sobre esto, lo que dice la Guía: (leyendo)

Colegio de Medicina de Maryland.

Universidad de Washington.

Colegio de Jesuitas de Mujeres, de Baltimore.

Colegio Peabody, fundado por el eminente banquero americano establecido en Lóndres, Jorge Peabody, destinado á las ciencias y á la literatura.

La Universidad Hoppins, fundada por el rico propietario de ese nombre, quien dedicó su inmensa fortuna á objetos de educacion y beneficencia.

Entre los más notables establecimientos de caridad se señalan el Hospital de locos, el de Ciegos y el Hospital del bendecido beato Hoppins, el más hermoso de cuantos existen en América, dotado para su asistencia con dos millones de pesos.

—A Baltimore, interrumpió Francisco, se llama la Ciudad Monumental, y en efecto, contiene monumentos que cualquiera de ellos podría ser la gala de la ciudad, como el llamado de *La Batalla*, erigido en memoria de los que sucumbieron en defensa de la ciudad, en Setiembre de 1814.

El consagrado en honra de Wildey, fundador de la Orden de los *Odd-Fellows* (rito masónico), en los Estados- Unidos, y el que perpetúa la memoria de dos jovencitos heroicos, muertos en la batalla de North Pourt.

Pero yo de lo que conservo apuntes, continuó Francisco, es del gran monumento de Washington, construido en la grandiosa plaza de Mont-Vernont, que es el más notable de su género que he visto en mi vida.

Está situado el monumento á más de treinta y tres varas sobre el nivel del agua: su base es de diez y seis varas poco más, y siete varas de altura, y sostiene una esbelta columna dórica de cincuenta y nueve varas, sobre la cual se eleva una estatua colosal de Washington, de más de cinco varas de altura, de manera que la total elevacion del monumento es de ciento cuatro varas sobre el nivel del rio. Está construido de ladrillo, con revestimiento de mármol blanco, y costó doscientos mil pesos.

Desde la balaustrada del monumento se disfruta una vista deliciosa: la ciudad con sus mil torres, cúpulas y columnas, se distingue entre sus verdes arboledas; el puerto, lleno de embarcaciones, se extiende á la vista; cruzan los rios alegres sementeras y se ven á sus orillas quintas preciosas; el tráfico activísimo, á todo comunica animacion y aspecto de contento.

En estas conversaciones, y al vislumbrar la luz, tocábamos en Washington, y teníamos á nuestra disposicion tres horas para dar un vistazo á la ciudad.

No obstante no ser ni accidentado el viaje de Nueva-York á Washington, ni los carruajes incómodos, ni la concurrencia desagradable, el trayecto me estropeó, acaso por-

que la noche anterior la habia pasado sin dormir y lleno de fatiga y emociones.

Francisco, que habia estado varias veces en Washington, lo mismo que mis dos amigos, tenían más gana de dormir y de desayunarse, que de servirme de instructores. Por otra parte, bien á bien no amanecía, y no pude disfrutar de la vista de los alrededores de Washington y de las estancias elegantes de próceres de todas las naciones, en que se hermanan las grandezas palaciegas con la imitacion de los paisajes y de las estancias campestres. Esto lo sentí más, despues de haber oido la magnífica descripcion de estos sitios, por Manuel M. de Zamacona.